

LA HISTORIA Y LA MEMORIA OBRERA V



Trayectorias militantes: la perspectiva femenina de la obrera textil Delia Maldonado⁽¹⁾

En agosto de 1945 terminaba la Segunda Guerra Mundial y en las conferencias de Bretton Woods (1944, donde nacieron el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, conocidos por las siglas FMI y BIRF) y de San Francisco (1945, creando las “Naciones Unidas”) se delineaba el nuevo mundo de la posguerra. Emergieron las dos “superpotencias”, EEUU liderando al mundo capitalista y la URSS al bloque socialista. Duró muy poco la sensación de un mundo feliz y sin contradicciones en que muchos confiaron entonces. Dos años después se iniciaba la “guerra fría”.

En nuestro país continuaba el proceso de industrialización, el crecimiento del sector terciario –incluido el funcionariado público–, del salario real urbano, de la migración campo-ciudad y de la urbanización, el ingreso de mujeres y jóvenes al mercado de trabajo, en fin, el proceso de formación de una nueva clase trabajadora. Por otra parte, luego de la dictadura terrista (1933-38) hubo gobiernos que tendieron a promover el “bienestar” de una gran parte de la población urbana (Baldomir, 1938-43, Amézaga 1943-47, Berreta y Luis Batlle Berres, 1947-51), prácticas de concertación social y los Consejos de Salarios en la industria y el comercio. También existió un aumento de la presencia, organización sindical y poder de la clase obrera.² Ya en 1947 asomaron nubarrones en las relaciones entre los sindicatos y los gobiernos siguientes: la prisión del comité de huelga ferroviario ese año, o las medidas de seguridad aplicadas ante las huelgas de los “gremios solidarios” de 1952.

LA NUEVA CLASE TRABAJADORA Y SU “FEMINIZACIÓN”

Uno de los componentes de esta nueva clase trabajadora de los años 40 lo constituyó el aporte femenino, que se incorporó a diversas industrias y actividades, fenómeno aun insuficientemente estudiado, tanto en sus dimensiones como en sus consecuencias sociales y culturales. En la larga duración existe una tendencia creciente de la participación de la mujer en la población activa, en las actividades



Rodolfo Porrini (historiador)

asalariadas y, al menos hasta la década de 1960 en la industria, especialmente en algunas ramas como la textil. No obstante ello, su presencia no ha sido homogénea en las diversas actividades económicas, y aun en las distintas empresas. En el caso de la textil Campomar en Juan Lacaze, las mujeres fluctuaron en la década del 30 en alrededor

del 50% de la fuerza de trabajo, disminuyeron a fines de esa década y aumentaron en los primeros años de la Segunda Guerra, para volver a disminuir en el tramo siguiente y llegar a comienzos de los 50 a un 39%.³ El Censo de 1963 señaló una población activa femenina general de 33,25% y en el ramo textil de 53,18%, que aunque no determina

el porcentaje de asalariadas parecería marcar una tendencia también para éstas.

Se puede señalar que en el marco de esta lenta pero creciente “feminización” de la población activa, la fuerza de trabajo asalariada femenina fue adquiriendo diversos perfiles y significados. Por un lado, parece haber sido utilizada como “ejército industrial de reserva”, a

> sigue en pág. 18



Manifestación en Montevideo en el entierro del dirigente batllista Julio C. Grauert, asesinado durante la dictadura de Terra, 1933.

viene de pág. 17

juzgar por el papel desempeñado por los menores salarios percibidos, y durante períodos recesivos (abaratando el costo laboral) o en momentos de fuerte demanda (durante la Segunda Guerra Mundial). Al mismo tiempo, el hecho de su “baratura” como fuerza laboral podría insinuar la debilidad las mujeres enfrentadas a las jerarquías fabriles y aún en su interacción con los trabajadores varones. Fragilidad que tal vez también se expresó al interior de las organizaciones sindicales –por su minoridad numérica en gran parte de las actividades, por sus otras funciones en la familia, por una concepción patriarcalista predominante en las direcciones gremiales-, en las cuales parecen haber participado en desventaja en los niveles de conducción más elevados y en la misma militancia. En actividades donde la presencia laboral femenina fue importante con frecuencia se incorporó el reclamo de “igual salario a igual función”, o sea, la igualdad salarial de los sexos.

Asimismo, la fuerza laboral femenina pudo haberse expresado e incidido en forma particular en la construcción de la “conciencia de clase” obrera y femenina a la vez. Coincidiendo con los trabajadores hombres en su condición de explotadas, las mujeres tal vez asumieron otros roles y prácticas (en la familia y el barrio) que nutrían sus concepciones y su propia mirada de la “clase” a que pertenecían.⁴

MIGRANTE INTERNA Y MUJER: FRAGMENTOS DEL TESTIMONIO DE DELIA MALDONADO

La mujer se fue incorporando a esta nueva clase trabajadora, fue uno de sus componentes y creó formas específicas de identidad trabajadora. Un ejemplo de esta especificidad lo puede ilustrar el testimonio oral de Delia Maldonado.⁵

Nació en Durazno en 1927 y llegó a trabajar a Montevideo en 1945, al fin de la Segunda Guerra Mundial. Traída por una hermana que había venido antes, ésta consiguió trabajo de empleada doméstica en casa de los Metzen, “*admiradores de Hitler*”. Luego pasó a otra casa, la de los Berro, “*una gente con un nivel cultural, y además con los pies bien puestos en la tierra*”, uno de ellos compraba el semanario “*Marcha*”, que ella leía. Contagiada de tuberculosis, debió dejar de trabajar por un tiempo a causa de la enfermedad. Cuando tuvo más fuerzas entró en un “tallercito”, en una pequeña fábrica de tejido de punto, donde trabajaba “muy poquita” gente. “*Porque yo les enseñaba a las muchachas como tenían que hacer, los trabajos que yo sabía hacer en mi casa de ba-*



Trabajadoras textiles

cer los bordados” y “*entonces un día me llamaron para ponerme de encargada [...] para enseñarle a las botijas esas cosas*”. Les dijo a ellas que les seguiría enseñando pero “*no me consideraba con condiciones para mandar*”. “*Yo era muy movediza y nunca estaba conforme con las cosas [...] Nos cuidábamos [...] Yo les enseñaba silenciosamente [...] Me quisieron manejar y no pudieron, ponerme en el lugar que ellos querían*”. Y una muchacha del taller le dijo

“*no aceptes, porque te van a seguir pagando el mismo sueldo y te van a seguir exigiendo mucho más trabajo*”. Como había tenido apendicitis y necesitaba ir con frecuencia al baño -al que tenían cerrado con llave-, le dijeron “*usted va a cada rato al baño!*” y ella le respondió que “*tenía un problema de salud*”. Entonces el patrón la llamó y le ordenó “*que cuando se compusiera que volviera*”. La despidió del trabajo. Y comentó Delia: “*Ojalá nunca se enferme*”.



“Marcha”, 17 de febrero de 1950

No estaba “en Caja”, apenas había “firmado un papelito”, y no había sindicato. Después “*mi cuñado mi dijo ‘pero tenías a la vuelta la Oficina de Trabajo’ ... ¡y yo qué sabía!*”.

En 1951 ingresó en la textil Hipertex, en el Parque Rodó, “*donde trabajé 23 años*”. El dueño que era judío y había sido comunista en Polonia, “*aquí actuó como patrón, pero siempre tuvo una actitud bastante amplia*”, y “*cuando empezamos con el sindicato, los problemas eran con los capataces o capatazas*”. Entre varias trabajadoras, algunas con experiencia sindical anterior, con dificultades y miedos, se fueron organizando en la fábrica y se vincularon a la Unión Obrera Textil. Con el tiempo Delia se convirtió en una luchadora sindical, ayudando a “*reorganizar el tejido de punto en su conjunto*” y fue dirigente del gremio textil, que desde mediados de los años 50 unificó sus distintas organizaciones en el Congreso Obrero Textil (COT).

Delia migró del interior a la capital, su primera inserción laboral fue como doméstica, pasando luego a la industria textil. ¿Comportamiento femenino? ¿La resistencia al poder del dueño de casa patrón influyó en su visión del patrón industrial? ¿Sus habilidades en la costura, que provenían del rol tradicional de la mujer, cómo se combinaron con su nuevo papel de asalariada? Mujeres y hombres –entre las tensiones y desigualdades de género-, simples obreros/as, militantes y dirigentes, construyeron en los años 40 y 50 los instrumentos organizativos para defenderse del aislamiento, la represión patronal y construyeron valores propios y la esperanza en modos de vida más justos. Este es un relato más, fragmentario e inconcluso, de la experiencia individual y también colectiva de la clase trabajadora uruguaya. ■

¹ Esta nota, con pequeñas modificaciones, fue publicada en Trabajo & Utopía N°49, Montevideo, junio 2005, p.17.

² Rodolfo PORRINI, La nueva clase trabajadora uruguaya (1940-1950), Montevideo, Dpto de Publicaciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2005.

³ María M. CAMOU, “Industrialización y Trabajo: un enfoque de la relación salarial desde una empresa textil, 1922-1949”. Tesis de Maestría en Historia Económica. Unidad Multidisciplinaria, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, 2001.

⁴ Sobre el tema, ver Graciela SAPRIZA, “La memoria sindical desde las mujeres”, en Graciela SAPRIZA, Alma ESPINO, Hilamos una historia, Montevideo, GRECMU, 1989; G. SAPRIZA, Memorias de rebeldía. Siete historias de vida, Montevideo, Puntosur/Grecomu, 1988; Silvia RODRÍGUEZ VILLAMIL, “El trabajo femenino en Montevideo, 1880-1914”, en La mujer en el Uruguay. Ayer y hoy, Montevideo, EBO-GRECMU, 1983; Yamandú GONZÁLEZ SIERRA, Del hogar a la fábrica ¿deshonra o virtud?, Montevideo, Nordan, 1995.

⁵ Entrevista con Delia Maldonado, realizada por Rodolfo Porrini en Montevideo, 14/10/1999.